

EDITORIALES

EL SERVICIO DE SANIDAD PÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por permitir el espacio apenas grandes pinceladas, en otra parte del BOLETÍN esboza, a rasgos por demás extensos, el Cirujano General Cumming, el desenvolvimiento, funciones y esfera de acción del organismo a cuyo cargo queda encomendada la protección de la salud pública en la República mayor del mundo. Para formarse una idea de las tareas que lo confrontan baste con recordar que, en un sólo año, por ejemplo el de 1927, inspeccionó 29,229 buques, 1,414,426 pasajeros y 1,640,168 marineros, fumigó 7,116 buques, trató en los hospitales y puestos de socorro que mantiene en 152 puertos a 356,746 personas y practicó 103,943 exámenes físicos por cuenta de otras oficinas gubernamentales.

Imponentes como son esas cifras, sólo representan una pequeña fracción de los trabajos asignados al Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos. La multiplicidad de los mismos ha obligado, como lo explica muy bien el Cirujano General, a repartir las tareas de administración entre siete divisiones: de investigación; cuarentena doméstica; cuarentena extranjera e insular e inmigración; informes y estadísticas; hospitales y asistencia; afecciones venéreas; personal y contabilidad.

El Servicio encárgase de velar por la salud pública: primero, manteniéndose constantemente al tanto de la frecuencia de las enfermedades transmisibles, no sólo en este país, sino en todas partes del extranjero; segundo, guardando las puertas del país contra la introducción de todo posible flagelo; tercero, atacando las epidemias interestaduales que se presentan y colaborando en la supresión de las de otro género con las autoridades de los diversos Estados; prosiguiendo campañas continuas de erradicación contra dolencias tales como peste y tracoma; ofreciendo demostraciones en las mejores prácticas de higiene rural; participando activamente en la gran campaña antivérea, iniciada hace 10 años, y colaborando con las autoridades de los Estados en el establecimiento de clínicas venéreas, en las cuales se ha tratado a más de 1,000,000 de personas; realizando estudios en campaña y el laboratorio de los problemas higiénicos de más palpitante actualidad, como cáncer, bocio, lepra, influenza, tracoma, mal venéreo, paludismo, enfermedades de la nutrición, fiebre de las Montañas Rocosas, leche, higiene infantil y escolar, administración sanitaria, polución de aguas, leche, sanidad industrial, y de todo asunto cuya importancia lo merece; interviniendo en situaciones

de urgencia que amenazan a la salud pública, como en las inundaciones del río Mississippi y los huracanes de Florida y Puerto Rico; celando la pureza y potencia de los productos biológicos utilizados en el país o exportados; vigilando el agua y alimentos consumidos en los trenes y vapores; celebrando conferencias con las autoridades de higiene de los Estados anualmente, y cada vez que lo exigen las circunstancias; manteniendo en su Laboratorio de Higiene una institución de fama internacional; y por fin, recopilando toda la legislación sanitaria dictada en el país; distribuyendo centenares de miles de publicaciones al año; divulgando información higiénica por radiófono; y contestando preguntas sobre asuntos de su incumbencia y dictando conferencias.

Para cumplir sus varios propósitos médicos, profilácticos, investigativos, ilustrativos y erradicativos, el Servicio cuenta con 223 oficiales nombrados directamente por el Presidente, 72 oficiales reservistas, 171 especialistas consultores, unos 500 cirujanos auxiliares internos, 34 odontólogos contratados, 43 epidemiólogos colaboradores, 357 farmacéuticos, y un personal total de 8,817 empleados, incluso técnicos, peritos colaboradores, enfermeras, internos y varios y unos 4,000 epidemiólogos colaboradores *ex-officio*. Los fondos concedidos para sus varias gestiones ascienden a unos 10 millones de dólares anuales.

En su forma actual, el Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos quizás sea el organismo nacional que haya alcanzado un desarrollo más armónico y perfecto en su género. Por contar, como cuenta, con especialistas en varios campos, es que ha podido realizar empresas de tanto alcance y diversidad como son: el exterminio de la fiebre amarilla en las ciudades del Golfo de México, y de la peste epidémica en los Estados del Oeste y en Puerto Rico; llevar a feliz término investigaciones tales como las de la pelagra y la tularemia que representan contribuciones científicas de primera magnitud; dirigir hospitales especializados como el Sanatorio de Fort Stanton para tuberculosos y la Leprosaría de Carville; prestar oficiales que han servido de jefes de sanidad en ciudades y Estados, y publicar más de 1,000 diversas monografías que abarcan casi todo el campo de la medicina preventiva.

Gracias a la rígida selección de los candidatos a su entrada al Servicio, al cuidadoso entrenamiento que se les ofrece después en las varias fases de su labor, tanto en este país como en el extranjero, en el hospital a la par que en el laboratorio y en campaña; gracias a la garantía ofrecida por las leyes de que retendrán sus puestos mientras se muestren dignos de ellos, el Servicio ha podido alcanzar su actual rango y prestigio internacional. La política no entra en juego en ascensos y distinciones, pues el escalafón se gobierna por reglas explícitas e invariables y repetidas veces se ha visto a un Presidente elegido por un partido político nombrar como Cirujano General a un sujeto que, en la esfera privada, pertenece al bando opuesto.

El Servicio puede justamente enorgullecerse de su larga y gloriosa historia. En sus filas han figurado administradores como Hamilton y Wyman que asentaron las bases de la colectividad; higienistas panamericanos como White; clínicos avisados como Carter que tanto contribuyeran a nuestros conocimientos de la fiebre amarilla; mártires del deber como McClintick, y el grupo actual de epidemiólogos, laboratoristas e higienistas en cuyas manos confía sus problemas sanitarios los Estados Unidos.

PROEZA DIGNA DE ENCOMIO

En el mes de mayo, como describe detenidamente en otra página el actual Director General de Salud Pública del Brasil, apareció inesperadamente en Río de Janeiro la fiebre amarilla, extinta allí desde la gran campaña de Osvaldo Cruz en 1909. Ese largo intervalo había engendrado confianza injustificada, pues mientras existiera la fiebre amarilla en el norte del país y hubiera mosquitos *Aedes aegypti*, subsistía el peligro para Río, y el predecesor del Dr. Fraga en su puesto actual hizo notar en sus informes de 1912 a 1918,¹ la importancia que revestía la extinción de la fiebre amarilla en todo el territorio de la República. Tan patente era la cosa que uno de los altos empleados del departamento nacional de salud pública declaró hace poco tiempo:²

É grande erro financeiro para um país, emprehender a luta contra a febre amarella sómente em algumas de suas cidades, deixando a enfermidade arraigada em ponto proximo ao lugar onde foi extinta. Desta politica, seguida no Brasil, resultou desde 1908 a despesa annual de mais de 2,000 contos com o serviço contra o mosquito no Rio, para precaver a população contra a reinfeção da cidade. Esta somma utilizada na luta contra a febre amarella nas outras cidades brasileiras onde existia o mal, teria ha já longo tempo libertado o paiz desta macula, podendo-se então ter extinguido o milheiro de empregos que hoje existem no Rio para a campanha contra a estegomia.

Esos temores fueron cumplidos y la epidemia recién acabada fué, según apunta el Dr. Fraga, con toda probabilidad importada de los Estados del norte, cuyas comunicaciones con la Capital se vuelven cada día más rápidas y frecuentes. El primer caso sospechoso (el 12 de mayo) fué en un soldado que muriera el 16 de mayo. El primer caso diagnosticado positivamente, notificado al Departamento Nacional de Salud Pública el 31 de mayo, fué en un paisano que se había enfermado el 27 de mayo. Sobrevinieron más casos en el mismo barrio, muy frecuentado por marineros, por quedar cerca de los muelles y también próximo al cuartel general a donde llegan los reclutas del norte. Del primer foco, el mayor, extendióse entonces la epidemia a otros, más hacia al centro de la población, hasta alcanzar un total de 121 casos con 68 muertes a principios de octubre. En

¹ Rev. Med.-Cir. Brasil 38: 307 (jul.) 1928.

² Mattos, Emygdio: Véase el BOLETÍN de agosto, 1928, p. 1013.